

como hermanos? ¿Aún te volverás á tu casa con la misma enemistad, con el mismo odio, con el mismo rencor que abrigabas en tu pecho, al entrar en el templo? Si así fuere, cristianos, esto es, si no os perdonáis verdaderamente unos á otros, si no os reconciliáis, no abráis jamas vuestros impuros labios para la oracion. En nombre de aquel Dios, cuyo ministro soy, aunque indigno, de aquel Dios altamente inclinado á perdonar, pero cuya justicia es inexorable, os conjuro que no oréis, que no claméis á las puertas de su misericordia, porque vuestras oraciones serán armas crueles que volveréis contra vosotros mismos. En tan lamentable estado no hay para vosotros perdon, no hay gracia, no hay sacramentos, no hay gloria, no hay remedio alguno. Aunque os acojáis al sagrado templo, aunque recurráis á las oraciones del sacerdote, aunque os coloquéis sobre el mismo altar, como el desgraciado Joab (1), allí os arrebataria vuestro enemigo Satanas, allí serian traspasadas vuestras almas, como lo fué el cuerpo de aquel infeliz, con los agudos dárδος de la divina venganza, de allí seriais arrancados para sepultaros en el lugar de la desesperacion y los tormentos. Dejad pues el nombre de cristianos, retiráos para siempre de la Iglesia de Jesucristo, renunciad los derechos que habiais adquirido al reino de los cielos, negad abiertamente... pero ¿qué voy á decir? Negad mas bien á vuestro corazon el impío deleite que tiene en vengarse de su enemigo; negad á vuestro interes, á vuestra vanidad, á vuestra mal entendida reputacion la satisfaccion que exigen de vosotros; olvidad enteramente las ofensas que habéis recibido de vuestros prójimos, y teniendo presente el precepto de Jesucristo, amadlos de corazon, aunque ellos os aborrezcan, hacédles bien, aunque os hagan mil injurias, tratádlos con consideracion y caridad, aunque os calumnien, dirigid por ellos las mas fervientes súplicas al trono de las misericordias, aunque os persigan; para que imitando la edificante conducta del Salvador, os hagáis acreedores como él al glorioso nombre de hijos predilectos del Padre celestial, y á la participacion de la herencia que os hará felices por los siglos de los siglos. Amen.

(1) III. Reg. c. 2. v. 29 et 34.

SERMON

DE LAS POCAS FUERZAS

QUE DEJÓ JESUCRISTO AL DEMONIO, DESPUES
DEL COMBATE DE LAS TENTACIONES.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA (1).

(DE EGUILITA.)

Ductus est Jesus à Spiritu in desertum, ut tentaretur à diabolo.
Jesus fué llevado al desierto por el Espiritu, para ser tentado del diablo.
S. Mateo, c. 4. desde el v. 1. al 11.

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles míos, que por impulso del Espiritu santo salió nuestro Redentor al desierto, como á campo de batalla, para luchar con el demonio en las tentaciones, con que sabia le habia de combatir. Quiso que fuera esta batalla en el desierto, y no en la ciudad, para que así fuese mayor su trabajo, pues no hay duda, que padece ménos el que tiene testigos de su penalidad, y es igualmente cierto, que el padecer á solas es la quinta esencia del padecer. Antes de las tentaciones, prosigue el Evangelio, ayunó su Majestad cuarenta dias y cuarenta noches, como en otro tiempo Moises (2) y Elías (3), sin gustar cosa alguna de comer ni de beber. Es médico piadosísimo, dice san Ambrosio (4), y como tal gusta la medicina mucho ántes que el enfermo, para esforzarle á que la beba y á que no le tenga horror; ó digamos con san Agustín (5), que

(1) Para este dia hay dos sermones en la pág. 94 del tomo primero y 1 del tercero de los de *Misión*, el uno sobre la grandeza de Dios, y el otro sobre el vicio de la gula.

(2) *Exod. c. 24. v. 18. et c. 34. v. 28.* (3) III. Reg. c. 19. v. 8.

(4) *Ambros. Serm. 39.* (5) *Aug. Serm. 77. de temp.*

ayunó el Señor ántes de las tentaciones, para enseñar al cristiano á prepararse con el ayuno para los trabajos y tentaciones que le han de sobrevenir.

Después de este ayuno tan severo, que habia continuado con su divina virtud, tuvo hambre, como hombre verdadero, dice san Juan Crisóstomo (1); y ved aquí la mayor confusion para el enemigo infernal. No acababa de entender el demonio, si era Jesucristo, Hijo de Dios y el Mesías prometido, ó si era puro hombre. Por una parte se persuadia, que era verdadero Hijo de Dios, ya porque habia oído, que el eterno Padre le aclamó por Hijo suyo, cuando recibió el Bautismo en las aguas del Jordán (2), ya porque el ayuno de cuarenta dias y otras maravillas que advertía en el Señor, demostraban la omnipotencia de un Dios; pero por otra parte contemplaba, que tambien podia no exceder de la esfera de un puro hombre, ya porque la declaracion de Hijo, que habia hecho el eterno Padre, se podia entender de Hijo adoptivo por la gracia, y no de Hijo natural, ya porque Moises y Elías, puros hombres, ayunaron tambien los mismos cuarenta dias, sin comer y sin beber; ya en fin, porque Dios habia obrado por medio de otras almas justas los prodigios que notaba en el Señor.

En medio de esta confusion y á vista de la necesidad de Jesucristo, se resolvió por ultimo el demonio á usar de sus astucias, y á este fin, presentándole unas piedras, le dice de esta manera: si eres verdadero Hijo de Dios, eres por consiguiente todopoderoso como Dios; haz pues que estas piedras se conviertan en pan, para socorrer la necesidad extrema en que te hallas. Ó atrevimiento infernal! Pretendia el demonio saber fijamente, si era Jesucristo verdadero Hijo de Dios, y si acaso no lo era, sino algun hombre justo y retirado, queria inducirle á que pecase, comiendo destempladamente, y con esta idea infame solicitaba el milagro de convertir en pan las piedras. Mas, ó benignidad de nuestro Dios! Sin embargo de tan horrible insolencia le rebatió suavemente, diciendo: *no se sustentaba el hombre con solo pan, sino tambien con la palabra de Dios.* Fué decir, expone Natal Alejandro (3), que Dios no necesita ceñirse á solo pan para mantener al hombre, porque le puede alimentar, valiéndose de otros medios, como lo hizo antigua-

(1) *Chrysost. Homil. 5. imperf.* (2) *Matth. c. 3. v. 17.*
 (3) *Natal. Alex. in Matth. c. 4.*

mente con su pueblo, enviándole con admirable providencia el maná (1), y en otros muchos lances que refiere la Escritura.

Vencido el demonio en esta primera tentacion, pasó á otra con igual malicia. Lleva el malvado á nuestro Redentor, ya por el aire, como dice san Gerónimo (2), ya por su pié con pasos apresurados, como siente Eutimio (3), á la ciudad santa de Jerusalem, y le pone sobre el pináculo del templo, que viene á ser lo mas alto del edificio, como si dijéramos el extremo de una media naranja ó chapitel; y puesto allí, le dice: si eres Hijo de Dios (mucho cuidado le daba, el que fuese verdadero Hijo de Dios, cuando tantas veces lo repite, y lo desea saber tan ansiosamente), si eres Hijo de Dios, le dice, arrójate de aquí abajo, y no temas lesion alguna; porque escrito está en la Escritura, que los ángeles te sostendrán (4). Quién creyera tal osadía? Quería envanecer al Señor, dice san Ambrosio (5), y por lo mismo le persuadia, que fiado en los méritos de su virtud acrisolada, se precipitase desde aquella eminencia; pero su Majestad le respondió con otro texto de la Escritura: tambien está escrito, que no se debe tentar á Dios (6); fué decir, que teniendo gradas ó medio para bajar desde el pináculo del templo, no era necesario arrojarse de él y bajar por milagro, porque esto seria querer experimentar sin necesidad el poder de Dios, y por consiguiente tentar á su Majestad soberana.

Vencido en esta segunda tentacion, no por eso desistió el demonio de su empresa, porque es muy porfiado. Tiéntale tercera vez, y llevándole con este intento á un monte muy elevado, le mostró desde allí todos los reinos del mundo y toda su gloria, gustos, riquezas, honras y conveniencias, que esta es la gloria del mundo; y luego le dijo: todo esto te daré, si postrándote á mis piés, llegares á rendirme adoracion.—Ved cuánto vale una alma, cuando por ella da el demonio todo un mundo, y ved si es para tenerla en tan poco aprecio, como el que regularmente se hace de joya tan preciosa. Veamos ahora la respuesta de Jesucristo. Aquí el Señor, no queriendo ya tolerar mas la soberbia y arrogancia del tentador, le dió en cara su osadía, diciendo: anda, Satanas, huye de mi presencia, porque

(1) *Exod. c. 16. v. 15.* (2) *Hieronym. hic.* (3) *Euthim. hic.*
 (4) *Psalm. 90. v. 11.* (5) *Ambr. lib. 4. in Luc. n. 21. 22. 23. et 25.*
 (6) *Deut. c. 6. v. 16.*

escrito está, que solo Dios, como legítimo Señor, es á quien se debe adorar y á quien se debe servir (1). Más fué precepto que reprobacion, dice san Juan Crisóstomo (2); y en su consecuencia, obediente el demonio, huyó vencido, y los ángeles vinieron á celebrar el triunfo de Jesucristo, trayéndole que comer, dice san Vicente Ferrer (3); pues claro está, que ha de dar Dios que comer, aunque sea enviando ángeles, al que no quiere comer por mano del demonio.

Esta es, fieles míos, la letra del Evangelio, llamado comunmente *de tentaciones*, porque fué tentado nuestro Redentor; mas ¿por qué pensáis que fué tentado? Oíd á san Pedro Crisólogo, porque en su respuesta hemos de hallar hoy nuestra enseñanza. Quiso ser tentado, dice (4), para que debilitadas y en flaquecidas por este medio las fuerzas del demonio, le venzamos nosotros fácilmente. Con arreglo pues á tan admirable doctrina he de proponeros esta tarde, que Jesucristo dejó sin fuerzas al demonio, despues del combate de las tentaciones, para que sin trabajo especial le venzan los cristianos en las suyas; y en su consecuencia os haré ver igualmente, que si no le vencen, es únicamente por su culpa y su malicia. Para que sea con espíritu y acierto, pidamos la divina gracia, diciendo: *Ave María*.

No hay cosa mas comun entre los hombres, que defender con excusas sus pecados. No quieren, dice san Agustín (5), echar la culpa á su culpa; y por eso andan siempre buscando, á quien echarla en lo que no quieren ser culpados. Unos, dice Eutimio (6), culpan á su natural, ya lujurioso, ya colérico; otros culpan á su pobreza y necesidad; otros á los genios contrarios, con quienes viven; otros al mal ejemplo; otros en fin á la persecucion y calumnia; pero sin embargo de estas excusas, prosigue el mismo Eutimio, la mas repetida es la de echar al demonio la culpa de sus culpas. Y en qué se funda esta excusa tan comun? ¿Acaso en el poder y fortaleza del demonio, por decir el santo Job (7), que no hay en la tierra poder, con que compararlo? Ó almas, y qué ignorancia! Si le durara el poder, pudiera la excusa tener algun color. Pero dónde está ese poder?

(1) *Deut. c. 6. v. 13.* (2) *Chrys. in Matth. c. 4. hom. 13.*
 (3) *Vinc. Ferr. Serm. Dom. 1. quad. in fine.* (4) *Chrysost. Serm. 11.*
 (5) *Aug. in Psalm. 7.* (6) *Euthim. in Psalm. 40.* (7) *Job, c. 41. v. 24.*

Antes de la venida de Jesucristo, y particularmente ántes de salir al combate de las tentaciones, que hoy nos recuerda la Iglesia, pudiera el cristiano temer; pero no despues. Sabéis por qué? No solo porque el ver á nuestro Capitan en la batalla, es fuerza y anima nuestra esperanza, para entrar á pelear con aliento, como dijo san Leon (1); no solo porque nos ayuda, para que salgamos victoriosos en la lucha, como dijo san Agustín (2); sino tambien, y es lo principal, porque, como dejo dicho con san Pedro Crisólogo, quedó el demonio sin fuerzas despues del combate de Jesucristo. Ó beneficio imponderable! Se portó este Señor en el desierto como águila generosa, que alienta á sus hijos á volar, como decia Moises (3). Pero qué digo á volar? Aún á pelear los alienta, dice san Ambrosio (4), y esto mismo parece que hizo nuestro Redentor: oíd si no con cuidado la comparacion, y lo veréis.

Es el águila, dice el santo, enemiga declarada de los dragones y de todo género de serpientes; por tanto lo primero que enseña á sus hijos, cuando empiezan á volar, es á pelear con el dragon; mas como los polluelos aún tienen pocas fuerzas, sale la madre á pelear con él, y cuando lo tiene ya rendido, lo presenta sagazmente á sus hijuelos, para que no le teman al verlo quebrantado. Esto hace, fieles, el águila para esforzar á sus hijos; y esto hizo, como águila caudalosa, Jesucristo nuestro señor, para esforzar á los suyos, que somos los cristianos. En otro tiempo, dice Agustín (5), era el demonio un dragon infernal de insuperables fuerzas, que muchísimos muy fuertes venció con el veneno de su malicia; á Sansón (6), á David (7) y á Salomón (8) con la lujuria; á Eva con la gula (9); á Cain con la envidia (10), á Giezi con la codicia (11), y de esta suerte á otros muchos; pero saliendo con él al campo del desierto nuestra divina Águila, le dejó vencido, logrando tan gloriosos triunfos, que nos alienta á no temerle, como á enemigo rendido. Dragon se queda, es verdad; pero es dragon postrado, como lo anunció David (12); dragon se queda, pero quebrantada por nuestro Redentor la cabeza, dice san Agustín (13). Y habrá ya quien le

(1) *Leo, Serm. 1. quadrag.* (2) *Aug. Serm. 115. de temp. c. 13.*
 (3) *Deut. c. 32. v. 11.* (4) *Ambr. lib. de Salom. c. 1.*
 (5) *Aug. in Soliloq. c. 16.* (6) *Judic. c. 16. v. 4.* (7) *II. Reg. c. 11. v. 4.*
 (8) *III. Reg. c. 11. v. 1.* (9) *Genes. c. 3. v. 6.* (10) *Genes. c. 4. v. 5.*
 (11) *IV. Reg. c. 5. v. 20.* (12) *Psalm. 90. v. 13.*
 (13) *Aug. in Solil. ubi sup.*

tema? Ó cobardía pusilánime! Antes andaba suelto este dragon sin que hubiera quien se le atreviese; pero despues que le venció Jesucristo, le desafia san Pablo (1); san Hilarion le desprecia, tanto al representársele camello, como raposa (2); el grande Antonio hace burla (3), y aún muchas doncellitas tiernas han hecho lo mismo (4). No lo extrañéis, porque como dijo san Juan (5), el ángel del gran consejo Jesucristo le tiene atado. Antes era príncipe de este mundo, que avasallaba con facilidad á los que queria; pero viniendo el rey de reyes Jesucristo con absoluto poder en cielo y tierra, desposeyó á este tirano de su dominio, arrojándole con ignominia de sus términos, dice san Juan (6). Antes era tan valiente, que dijo de él un profeta (7), triunfaria de los reyes, y se reiria de sus armas y fortificaciones; pero despues que le venció Jesucristo, está muy cobarde. Sabéis cuánto? Mejor que yo lo dirá un texto de la Escritura (8).

Preguntando su Majestad al demonio, para expelerle de aquel pobre hombre, á quien poseía con sumo imperio, cómo se llamaba: le respondió, dice san Márcos: *Legio*; aquí estamos una legion de demonios. Y cuánto es una legion? El que ménos, asegura que seiscientos hombres (9); y no falta quien diga, que seis mil seiscientos y sesenta y seis (10). No reparáis? dice san Pedro Crisólogo. Tantos para uno? Evidente señal de su cobardía. Véase, dice el santo (11), lo que son y lo que pueden los demonios, despues de la lucha de Jesucristo, pues para combatir á solo un hombre juntan un ejército tan grande; pero no me contento con que lo digan los santos, confiese el demonio mismo su flaqueza, y para ello oigamos con atencion al real profeta David (12).

Las espadas, dice, y las lanzas del enemigo infernal perecieron para siempre. Sabéis quién expone así este texto? No ménos que el mismo demonio, que hoy se muestra grande escriturario. Aparecióse en una ocasion al grande Antonio, segun escribe san Atanasio en su vida (13), y le dió grandes quejas de sus monjes y de todos los cristianos, porque en sus fracasos y

(1) *Ad rom. c. 8. v. 38. et 39.* (2) *Hieron. in vit. Hilar.*
 (3) *Athan. in vit. Ant.* (4) *Theres. de Jes. in ejus vit. c. 25. circa finem.*
 (5) *Apocal. c. 20. v. 1. et 2.* (6) *Joan. c. 12. v. 31.*
 (7) *Habac. c. 1. v. 10.* (8) *Marc. c. 5. v. 9.*
 (9) *Natal. Alex. in Marc. c. 5.* (10) *Laur. verb. Legio.*
 (11) *Chrysol. Serm. 17.* (12) *Psalm. 9. v. 7.* (13) *Athan. in vita Ant.*

culpas luego le culpan y maldicen; todo es: *Mal haya el Diablo*. Y si pecan: *el diablo me engañó*. Pues no tienen mucha razon? le dijo el santo. Ó Antonio! replicó el demonio; sabe que me dejó tan sin fuerzas el Redentor, que con un soplo me pueden ahuyentar y derribar; soy miserable, soy flaco: no lo has leído en David? ¿No te acuerdas, dice, que ya se acabaron y perecieron mis fuerzas y mis armas? Ved, fieles, como el mismo demonio confiesa su flaqueza. Diga san Juan (1) que vino el Hijo de Dios á deshacer las fuerzas y astucias del demonio; diga Zacarías, padre del Bautista, que vino á quitarnos el temor de nuestros enemigos (2); que santa Teresa de Jesus dirá, que no se le da ya mas de ellos que de las moscas (3). Sí, almas católicas, ya el demonio no tiene fuerzas contra nosotros los cristianos, porque se las quitó Jesucristo; vencido quedó por su Majestad en la batalla de las tentaciones, para que á su imitacion y con su ayuda, le vencamos tambien nosotros en las nuestras: podrá incitar y persuadir, podrá molestar como la mosca, pero nada mas. Vedlo si no, y bien claro, en las tentaciones de hoy, que son la muestra de todas las tentaciones.

Llega en la primera con unas piedras, y dice á la Majestad del cielo: si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan. Le hizo alguna violencia? Ya se ve que no, pues rogando llega; pero aunque quisiera, no puede, dice san Juan Crisóstomo (4). Vamos á la segunda. Sube al Señor á lo alto del templo, y le dice, que se arroje. Le dió algun empujón? No puede, dice san Jerónimo (5), y por lo mismo solamente le persuadió que se arrojara. Vamos á la tercera. Muestra desde un monte todos los reinos del mundo, y los ofrece á su Majestad, si le adora. Le hizo alguna fuerza? No por cierto, sino que le pide. ¿Veis que no puede mas que rogar, sugerir y representar con palabras compuestas, como dijo el santo Job? (6) Infiere ahora, cristiano; luego de tus culpas no tiene la culpa el demonio, sino tú; luego, si llegas á pecar, no es porque te obliga el demonio con la tentacion, sino porque tú la consientes con la voluntad; luego, si le experimentas con fuerzas y con armas, es porque tú se las das con tu albedrío.

Sí, alma cristiana: cuando de las piedras de las culpas haces

(1) *I. Joan. c. 3. v. 8.* (2) *Luc. c. 1. v. 74.*
 (3) *In ejus vit. c. 25 circa finem.* (4) *Chrysost. in Matth. hom. 5. imperf.*
 (5) *Hieron. in Matth. c. 4.* (6) *Job, c. 41. v. 3.*

pan para comer, es porque tú quieres; cuando te arrojas de lo alto del templo de la gracia hasta lo profundo del pecado con temeraria confianza, es porque tú quieres; cuando niegas á Dios la obediencia por el interes ó deleite que te ofrece el demonio, es porque tú quieres, dice san Bernardo (1), culpa pues en tus culpas, no al demonio, sino á tu querer; que á ti mismo te maldices, dice el Espíritu santo (2), si cuando pecas, maldices al demonio. Venció acaso á Jesucristo? Oh! que no era posible, me dirás, porque era Dios juntamente. Pues yo te digo, que aunque fuera puro hombre, no le venciera. Doy por ahora dos razones, y en ellas verás con bastante claridad la causa, porque te vence el demonio.

Si notáis el estilo que guardan los evangelistas en referir la salida del Salvador á las tentaciones del desierto, encontraréis prontamente la primera razon. Hablando de otras ocasiones, dicen, que iba su Majestad á la ciudad de Naím (3), que pasaba por Samaria (4), que salió al desierto á orar (5). Pero llegan á escribir las tentaciones, y dice san Mateo, que fué guiado del divino Espíritu (6); san Lucas, que fué movido por el Espíritu santo (7); san Marcos, que le sacó el Espíritu al desierto (8). No advertís la diferencia? Para obrar milagros, para orar y predicar dicen, que iba el Señor; mas para ser tentado, no dicen que iba, sino que el Espíritu le llevaba. Y por qué? Ya lo dijo san Juan Crisóstomo (9): para enseñarnos, que no entremos de nuestra propia voluntad en las tentaciones. ¿Cómo pues, aunque fuera puro hombre, habia de vencer el demonio á Jesucristo, si no se puso, sino que le puso el Espíritu santo en la tentacion? Y ¿cómo no ha de vencer al cristiano, si en ella se pone con temeridad y sin precaucion alguna? Esta es la primera razon, porque nos vence un enemigo tan débil; tan débil es, que, como dice san Agustin (10), puede ladrar, pero no morder sino al que voluntario se acerca; porque es perro atado por virtud de Jesucristo: puede decir al alma, como al Señor en el desierto, que se despeñe; pero no despeñarla, como dejo dicho: luego, si te hallas mordido, fué porque te acercaste al demonio, y si te despeñaste en las culpas, fué porque lo quisiste;

(1) Bern. Serm. ad Frat. (2) Eccles. c. 21. v. 30. (3) Luc. c. 7. v. 11.
 (4) Luc. c. 17. v. 11. (5) Marc. c. 1. v. 35. (6) Matth. c. 4. v. 1.
 (7) Luc. c. 4. v. 1. (8) Marc. c. 1. v. 12.
 (9) Chrysost. Hom. 13. in Matth. (10) Aug. Serm. 197. de temp.

pues, como dijo el profeta Jeremías (1): *quebró Dios y deshizo el martillo, que golpeaba la tierra*; esto es, dice Orígenes (2), quebrantó Jesucristo las fuerzas del demonio, que era el martillo, que fijaba los clavos de las tentaciones en las almas; y si el martillo, como advierte el mismo doctor, no puede dar el menor golpe, si no hay mano que lo mueva, así el demonio no puede tampoco herir á las almas con el menor golpe, si ellas de su voluntad no le dan la mano, para que hiera.

Decídmeme si no para vuestra confusion: ¿por qué á Daniel no le ofendieron los leones? (3) ¿por qué no lastimó el fuego á los del horno de Babilonia? (4) por qué fué báculo para Moises la serpiente (5)? y lo que asombra mucho mas, ¿por qué no cometió la menor culpa el santo Job (6), estando en las manos mismas del demonio? En una palabra lo dijo san Gregorio (7): Daniel no se arrojó á los leones, sino que le echaron; los manebos del horno fueron por ajena mano á las llamas; Moises tomó con su mano la serpiente, por mandato de Dios; y el santo Job no se puso en manos del demonio, sino que Dios le puso. Ved pues la causa por que salieron libres y sin lesion; porque peligros, en que pone Dios, no son peligros; pero si tú mismo te pones en manifesto precipicio, si sales al concurso peligroso, á los bailes y comedias, al paseo escandaloso, á la conversacion y á la chanza, ¿cómo no te ha de rendir el infernal espíritu? Él anda buscando medios para destruir las almas, dice mi padre san Pedro (8); ¿cómo pues no ha de lograrlo, si ellas mismas le dan la mano? Sí, cristiano mio, esta es la primera razon y causa, por que te vence el demonio, siendo tan flaco, porque te pones en la ocasion y peligro voluntariamente; por eso caes en las tentaciones, en que no llegarías á caer, si te llevase á ellas el Espíritu santo, como llevó á Jesucristo.

Lo segundo, por que no venció á nuestro Redentor el demonio, y, aunque fuese puro hombre, no le venciera, fué porque halló á su Majestad armado con el ayuno. No quiso, dice san Basilio (9), entrar en la batalla de las tentaciones, sin armarse primero con el ayuno; no por necesidad suya, prosigue el santo, sino por enseñanza nuestra; para que aprendamos, que

(1) Jerem. c. 50. v. 23. (2) Origen. Homil. 3. in Jerem.
 (3) Daniel. c. 6. v. 22. (4) Daniel. c. 3. v. 50. (5) Exod. c. 4. v. 4.
 (6) Job, c. 2. v. 6. et 7. (7) Gregor. lib. 3. Mor. cap. 2.
 (8) I. Petr. c. 5. v. 8. (9) Basil. Homil. 1. de jejun.